

REAL ACADEMIA DE BELLAS ARTES
NUESTRA SEÑORA DE LAS ANGIUSTIAS
G R A N A D A

DISCURSOS

PRONUNCIADOS POR EL

EXCMO. SR. DON MARINO ANTEQUERA GARCIA
Y EL
ILMO. SR. FRAY DARIO CABANELAS RODRIGUEZ, OFM.

EN EL ACTO ACADEMICO PUBLICO Y EXTRAORDINARIO
CELEBRADO EN RECUERDO DE LA ACADEMICA FALLECIDA

ILMA. SRA. D.^a JOAQUINA EGUARAS IBAÑEZ

EN EL SALON DE CABALLEROS VEINTICUATRO DEL
PALACIO DE LA MADRAZA EL DIA VEINTISIETE DE ABRIL



G R A N A D A

1982

REAL ACADEMIA DE BELLAS ARTES
NUESTRA SEÑORA DE LAS ANGUSTIAS
G R A N A D A

DISCURSOS

PRONUNCIADOS POR EL

EXCMO. SR. DON MARINO ANTEQUERA GARCIA
Y EL
ILMO. SR. FRAY DARIO CABANELAS RODRIGUEZ, OFM.

EN EL ACTO ACADEMICO PUBLICO Y EXTRAORDINARIO
CELEBRADO EN RECUERDO DE LA ACADEMICA FALLECIDA

ILMA. SRA. D.^a JOAQUINA EGUARAS IBAÑEZ

EN EL SALON DE CABALLEROS VEINTICUATRO DEL
PALACIO DE LA MADRAZA EL DIA VEINTISIETE DE ABRIL



G R A N A D A
1982



Ilma. Sra. D.ª Joaquina Eguaras Ibáñez

Discurso

del

Excmo. Sr. Don MARINO ANTEQUERA GARCIA

Excmos. e Ilmos. Señores; Señoras y Señores.

La señorita Joaquina Eguaras Ibáñez era una intelectual de grande prestigio. Su ausencia definitiva se hará notar en los diversos centros de estudio y en las Corporaciones sabias granadinas que contaron con ella, como asimismo y muy especialmente en esta nuestra Academia. Estoy seguro de que las tales Corporaciones habrán tenido un entrañable recuerdo para ella, como nosotros lo tenemos con la presente sesión solemne, en la que voces inmensamente más doctas que la mía, os hablarán de la amplia y profunda erudición de la que fue nuestra compañera durante tantos años y con amplia cantidad de servicios. Por eso yo no os hablaré de la ilustrísima doña Joaquina Eguaras, sino de nuestra entrañable e insustituible Joaquinita.

Y en esta materia y en ese apartado sí que tengo palabras y conocimiento, sobre todo si se atiende a que ella y yo eramos rigurosamente coevos, como nacidos en el antepenúltimo año del pasado siglo, que ni ella ni yo vivimos nunca fuera de Granada y que llevábamos muchos años de llamarnos mutuamente herma-

uno de los más populares y populosos barrios granadinos; el Realejo, totalmente alejado de lo musulmán y con algo de tufo judío. No musulmán; como exorcizado por sus conventos de Santa Cruz, las Catalinas y Santiago, a más de la vetusta parroquia de San Cecilio y del desfile piadoso al Cristo de los Favores. Además, aislaban al Realejo de lo moro los palacios de los herederos de los conquistadores de la ciudad, repartidos por la calle Pavaneras y aledaños y a mayor abundamiento, por el recuerdo de la puerta de Alfarín o de los Alfareros, emplazada que estuvo en la actual plaza de Fortuny, en la que acababa la ciudad mora. Y en aquel Realejo, que irradiaba su tipismo a través de las calles a él convergentes, como la de Santiago, Honda, la más estrecha y recóndita calle de Granada, la tan concurrida de Molinos y las de Portería de Santo Domingo y Carnicería, sin olvidar la un día burguesa de Damasqueros, ya de «Masqueros», en el lenguaje sincopado de mozuelas y mindines del barrio de Santa Escolástica y en tan adecuado emplazamiento se verificó algo así como la palingenesia de Joaquinita que la convirtió no en granadina, sino en granadinista de por vida. Acaso, por motivos de parvulez asistiría Joaquinita al colegio de Cristo Rey en el que por cierto, a los cuatro años, repasé por primera vez el silabario y empuñé mi primer lápiz de dibujo. Acaso coincidimos los dos en aquel colegio, como me sucedió con el hermano de ella, Nicolás, años adelante en el colegio del Carmen.

Poco después llegó para la niña ese eclipse y encierro de los primeros estudios serios en las proximidades de la adolescencia. Ya no era la chiquilla que jugaba al aro, a la rueda o a la comba en el Realejo de la botica de don Antonio Ramos y de la barbería de Molina, donde aún se afeitaba a la clientela con

arco voltaico que cuando los carbones les daba por no colocarse en su lugar útil, todo quedaba a oscuras. Sin embargo, como digo, la clase se veía muy concurrida, porque el profesor, don Martín Dominguez Berrueta, admitía en su clase, en condición de oyente, a quienquiera que gustara de la asignatura. Costumbre entre nosotros algo generalizada, puesto que en la misma condición asistí yo, en compañía de otros alumnos y alumnas, a la clase de don Emilio García Gómez en la Escuela de Estudios Arabes.

Joaquinita, a pesar de su facilidad para acomodarse a todas las circunstancias de la vida, se encontraba un poco fuera de lugar como alumna única de la Universidad, pero en su papel de observadora fidelísima y muy aprovechada de sus deberes estudiantiles, supo grangearse el respeto y la simpatía de sus compañeros. Tales singularidades, complicadas con tropiezos y escasez de medios, como el de las proyecciones en la clase de arte ya referida, le dificultaron no poco en las sucesivas evoluciones de la vida de la simpática y esforzada granadino-navarra, tanto como estudiante, como profesora y aún directora de un museo. Ella debutó en una Escuela de Estudios Arabes en la que aún persistían recuerdos de la casa del morisco Lorenzo el Chapiz y lo que era peor, de la casa de vecinos y hasta de un horno, porque no podemos olvidar que la Escuela está situada en el lugar llamado Peso de la Harina, y de todo esto quedaban en el edificio menguas y restos a pesar de los buenos oficios del arquitecto don Leopoldo Torres Balbás. De la falta de comodidades del local en los comienzos de la Escuela, dará idea el que, invitado a pronunciar una conferencia en ella el profesor Angel González Palencia, se hizo preciso llenar unas palanganas de alcohol y darles fuego para disimular un poco el frío y la hu-

de su desarrollo que éste, a través de los años que duró la gestión de ella, ha experimentado una metamorfosis como para convertirlo en uno de los más importantes museos españoles de su clase y de los de mayor interés por sus fondos y la instalación de ellos. Claro está que para Joaquina sus verdaderos amores han sido la Escuela de Estudios Arabes y el completísimo Museo de la Casa de Castril. Estaba ella tan apegada a este que aquel despacho de la escalera en el que yo pasé muchos malos ratos e incertidumbres en los meses de mi gestión, fue casi vivienda perpetua de la directora del Museo. Allí comió muchas veces, servida por las hijas del no sucedido restaurador de tantas piedras viejas, Carlos Peinado. Allí dormitaba en los principios de las tardes veraniegas. ¿Por qué amaba tanto Joaquina al Museo de la citada Casa de Castril? Primero por obra suya personalísima y en la que imprimiera un carácter de esquisitez y de personalidad. Fuera de la excelencia, rareza, interés y valor de muchos de los ejemplares en él atesorados, brilla en su conjunto esa virtud tan femenina del orden casero familiar. Así, una de las colecciones que trajo al conjunto fue la, con sabor de hogar, colección de vidrios domésticos, aportación tan interesante como bella. Asimismo reinó en el establecimiento el orden, la limpieza y también el adorno, supérfluo al parecer, pero que añade siempre un grado de interés al genuino de las cosas. Cuando en Córdoba, por ejemplo, visitamos el Museo Romero de Torres, nuestro primer sentimiento es de admiración y agrado por lo castizamente andaluz, lo alegre con macetas y flores y fuente de la instalación más familiar y hogareña que oficial, ya que en ésto reina la frialdad y en lo anterior humanísimo afecto. Después vendrán los cuadros, ya un tanto austeros por la descomposición del aceite de linaza y el barniz de almáciga. No son supérfluas las

alumnos de ella sino que asimismo se solicitaba para que ella lo solicitara para los demás profesores compañeros suyos. ¡Y quién resistía una súplica de Joaquina! Como las predominancias en su vida fueron la sencillez y la amabilidad, comenzaba por exponer motivos y razones y, a continuación, bajando la voz, ya de suyo suave y dulce, enunciaba la súplica con un cierto aire de misterio, súplica a la que se hacía imposible no inclinarse en una concesión. Las súplicas de Joaquina equivalían a órdenes. Muchas veces, cuando en la Academia teníamos sesión solemne, me llamaba por teléfono para decirme — «Como tú no tienes coche y has de ir a la Academia de etiqueta y no querrás ir así por la calle, si llamas un taxi, y bajaba la voz hasta quedar en un suspiro, ¿por qué no me recoges?». Ni que decir tiene que yo lo hacía con el mejor gusto. Y sigo en el poder de intercesión de nuestra inolvidable compañera. Cuando tenía que interceder por un pajolero niño que no había cogido un libro en todo el curso, la técnica era la misma, pero mayor la amplitud de razonamientos y salía a la plaza el temor al desencanto que afectaría a la salud física y mental del vago estudiante, a la economía de los padres, no muy sólida y al fin «Yo a esta familia la quiero mucho». ¿Y a quién no quería Joaquina?

Se daba en la desaparecida académica un curioso fenómeno de simbiosis de su espíritu cristiano hondamente sentido y de su cultivo de lo islámico, fenómeno acaso procedente por lo cristiano del origen navarro de ella y por lo musulmán de su convivencia en Granada, entre tantos recuerdos de lo moro. Esto le hizo especializarse en lo islámico pero sin constituirlo en estorbo para la admiración y contemplación de lo cristiano en nuestra ciudad, porque ella amaba a

el día entre los cristales del cierre, ante el piano o con el bastidor sobre la falda. Nuestra heroína, una atrevida, ni tuvo cierre, ni tocó el piano, aunque su afición a la música fue grande, ni sé yo que bordara. Tampoco figuró en las Asociaciones femeninas de aquel tiempo, circunscritas a las de carácter piadoso, y ella lo era y mucho, o a las Damas de Honor y Mérito, que organizaba una rifa benéfica en el paseo del Salón en las fiestas del Corpus. Alternaba con sus compañeros de intelectualidad y con lo más selecto de la sociedad granadina, las puertas de la cual se le abrieron siempre de par en par y a todo esto se añadía el amplio capítulo de relaciones extranjeras, sobre todo del Norte de Africa, que cuando regresaban de Lanjarón de tomar las aguas pasaban por la casa de Joaquina que, por supuesto ya no era la del Realejo, sino la emplazada en la Carrera del Genil. Entonces nuestra hermandad se hizo más estrecha, puesto que éramos ya casi vecinos por vivir yo en el Humilladero, a muy pocos metros de ella y una de las hermanas Eguaras venía con frecuencia a mi casa para entrevistarse con mi mujer por asuntos de Acción Católica de la Parroquia de las Angustias. Cuando yo regresaba ya de madrugada del periódico podía advertir que la luz no se había extinguido en casa de Joaquina, y me figuraba a mi amiga inclinada sobre los libros o sobre los folios.

Aparte del estudio y del trabajo puramente intelectual, Joaquina pertenecía a muy diversos organismos más o menos oficiales. Junto a nuestra Academia, perteneció a la Comisión de Monumentos, actuaba en la Audiencia de perita calígrafa, como muy entendida en paleografía, se le improvisaba en cuantas ocasiones de tribunales, jurados, salones más o menos culturales, peritajes o clasificaciones pudiera ser de utilidad. Cuando, por ejemplo, se estableció en el primer año

tables del Hotel Palace y de aquel Hotel Washigton de Merceditas Vico, casi tan cariñosa como Joaquina y en el que veraneaban varias familias granadinas, entre ellas la del entonces Alfonsito García Valdecasas, y la del cónsul de Bélgica señor Pelsmaecker. Constituía entonces la Alhambra un barrio pleno de distinción y buen gusto, cualidades que atrajeron siempre a nuestra desaparecida compañera. Todo esto la dotó de una popularidad inmensa que la convirtió de la señorita Joaquina Eguaras en Joaquinita y en muchas lenguas *Juaquinita*.

Era natural y merecidísimo que ella ingresara en nuestra Academia y lo hizo con evidente retraso en 1942. La causa del retraso, sospecho, que fuese por la condición femenina de ella, a pesar de que ya la Academia madrileña de San Fernando había tenido veinticuatro académicas, todas pintoras, la de San Carlos de Valencia, veinte, la de San Luis, de Zaragoza, tres y las de Cádiz y Nuestra Señora del Rosario, de La Coruña, dos. Nosotros, sólo una numeraria, Joaquina y dos correspondientes, María Elena Gómez Moreno y Carmen Jiménez Serrano. Tuvimos una sola numeraria pero la elección fue certera. Nuestra Academia, tan ligada por motivos históricos a lo islámico, no podía elegir a otra mujer más adecuada por experta en lengua, historia y arte de lo musulmán granadino, tanto que, ya anciana no le quedaban alientos sino para salir a misa de once en la iglesia de Gracia, desafiando a su enemigo de siempre, el tránsito rodado, y lanzó al público el «Tratado de Agricultura» de Ben Luyun. Si asidua fue hasta su última hora al trabajo y al estudio, sólo Dios sabe el sacrificio que le suponía en sus últimos tiempos el asistir a nuestras reuniones en las que se sentaba siempre en el primer sillón de la izquierda, sillón que quedará para nosotros en per-

uno de los detalles de la tan amada por nosotros sala de actos de la Real Academia de Nuestra Señora de las Angustias.

He dicho.

Discurso

del

Ilmo. Sr. Fray DARIO CABANELAS RODRIGUEZ, OFM.

Excmo. Sr. Presidente
Excmos. e Ilmos. Señores
Señoras y Señores.

Próximamente se cumplirán cuarenta años desde que Joaquina Eguaras fuera elegida miembro de número de esta Academia, en la sesión del 22 de junio de 1942, previa propuesta formulada por su presidente, don Joaquín Pérez del Pulgar, conde de las Infantas, el consiliario don Antonio Gallego Burín, y el secretario, don Manuel Martínez de Victoria y Fernández de Liencres, para ocupar la vacante de don Isidoro Pérez de Errasti, conde del Padul, vacante para la que habían sido elegidos, sucesivamente, don Nicolás M.^a López Fernández Cabezas y don Francisco Martínez Lumbreras, sin que llegaran a tomar posesión.

He de confesar que cuando el Sr. Presidente de la Academia me confiaba, a través de nuestro Secretario, el encargo de intervenir en este acto, me sentí invadido por un doble sentimiento: de un lado, la satisfacción de participar en este homenaje póstumo a Joaquina, a la que me han unido lazos de entrañable amistad y convivencia profesional durante muchos

laba en la Universidad de Granada. A este propósito, ella misma confesaría años después (entrevistada por Abdón en IDEAL, 27-5-1964):

«Pasaba unos apuros tremendos. Algunos profesores me sentaban en un sillón a su lado, de frente a todos los muchachos... Me daba vergüenza entrar por la puerta principal, con tantos chicos como allí había, y daba la vuelta por la calle de Duquesa para entrar por una puerta pequeña... Pero había aún más cosas que hacían difícil el paso de la mujer por la Universidad, y es que la Universidad no estaba preparada para recibir a las chicas como ellas se merecen. Ahora las niñas tienen sus salas de alumnas tan coquetonas, tan cómodas, tan bien montadas; pero yo tenía que pasarme las mañanas y las tardes sentada en los bancos del patio, tan fríos, sin calefacción ninguna... [Las chicas] ahora son muchas. El ambiente es completamente distinto».

Durante los cuatro cursos de la carrera obtuvo nada menos que quince matrículas de honor y concluyó su licenciatura en 1922 con premio extraordinario y en una promoción de seis alumnos, siendo ella la única mujer. Siempre recordaría con admiración y cariño a sus profesores universitarios, como don Eloy Seán y Alonso, don José Palanco Romero, don Fernando Crusat y Prats, don Angel Garrido Quintana, don Alberto Gómez Izquierdo y dos jóvenes que por aquellos años iniciaban sus actividades docentes como Auxiliares y luego se contarían entre sus más fieles amigos: don Antonio Gallego Burín y don Antonio Marín Ocete.

Tras ultimar la licenciatura, comienza la preparación de sus oposiciones al Cuerpo Facultativo de Ar-

Universidad y Joaquina entraría muy pronto en el grupo de los «Beni Codera» que aquí se iba a instaurar.

Hace cincuenta años que, por Ley de 27 de enero de 1932, durante la segunda República, se creaban las Escuelas de Estudios Arabes de Madrid y Granada, siendo nombrado director de la primera don Miguel Asín, mientras García Gómez era designado para organizar y dirigir la segunda, a la vez que maduraba ya el proyecto de «Al-Andalus», revista que habría de ser el órgano común de ambos centros.

Adquirida ya por el Estado con tal finalidad la casa morisca del Chapiz, y certeramente restaurada por el siempre recordado Torres Balbás, Joaquina entra en la Escuela en el mismo curso 1932-33, en que ésta inicia sus actividades, para vincularse paulatinamente a la misma: primero, como becaria desde 1933 a 1936; luego, como auxiliar de la biblioteca desde 1937 a 1941; después como adjunta de la sección de Filología y profesora de Arabe literal, y desde 1963 también como secretaria, cargo que desempeñaría hasta 1972, cinco años después de haberse jubilado ya en la Universidad y en el Museo. Cuatro décadas permaneció, pues, Joaquina oficialmente vinculada a la Casa del Chapiz, aunque afectivamente lo estuvo hasta su muerte. ¡Cuánto nos hubiera alegrado tenerla entre nosotros en los actos del Cincuentenario, que esperamos celebrar a comienzos del próximo mes de junio, y cómo hubiera disfrutado al saber que una de las mejores piezas árabes de su Museo, la magnífica pila de tiempos de al-Ḥakam II, procedía de la Casa del Chapiz, según acabo de demostrar en un artículo a ella dedicado!

Según adelanté al comienzo de esta intervención, conocí por vez primera a Joaquina en la primavera de 1944, durante un viaje de estudios por Marruecos, sincrónicamente organizado por las secciones de Semíticas de Madrid, Barcelona y Granada, aunque, a última hora, los de la ciudad Condal hubieron de retrasar su partida. Mientras con los alumnos de Granada —y la recién licenciada Joaquina Albarracín— iban David Gonzalo Maeso, Luis Seco de Lucena, Antonio Palomeque y Joaquina Eguaras, a los de Madrid nos acompañaban don Emilio García Gómez y don Francisco Cantera Burgos.

En Marruecos coincidimos con un grupo de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Valladolid dirigido por el entonces decano Joaquín Pérez Villanueva, que ya estaba nombrado presidente del tribunal de las oposiciones en las que habría de salir catedrático don Alfonso Gámir. A este propósito, recuerdo todavía, como si hubiera ocurrido ayer, la siguiente anécdota: Cuando todos nos encontramos en Tetuán, esmeradamente obsequiados por la Alta Comisaría, observé cómo don Emilio escuchaba complacido a Joaquina, que sin duda le estaba contando su último chiste, cuyo final subrayaron ambos con sonora carcajada. Luego oí cómo don Emilio le decía bromeando: «Mira, Joaquinita, tu misión principal en este viaje es cuidar muy bien a nuestro amigo Joaquín Pérez Villanueva, pues ya sabes que es el presidente del tribunal de Alfonsito».

Años después comentaría yo con Joaquina esta anécdota así como otras peripecias de aquel viaje, durante el cual su sola presencia hacía que se nos abriesen de par en par las puertas de antiguos estudiantes marroquíes en Granada, donde Joaquina había sido

Tres años después, en 1947, era nombrada, tras concurso oposición, profesora Adjunta de Arabe de nuestra Facultad, *status* que mantendría ya hasta su jubilación, veinte años después, mediante sucesivos concursos. Pero a lo largo de estos años ostentó asimismo en diversas ocasiones encargo de cátedra vacante: primero fue la de «Cultura Arabe e Instituciones Musulmanas» en 1946, cátedra años antes ocupada por el malogrado Salvador Vila, una de las víctimas de nuestra guerra; luego la 1.ª de «Lengua Arabe y Arabe Vulgar», desde octubre de ese mismo año hasta mi toma de posesión en febrero de 1955; y, por último, la de «Historia del Islam» durante el curso 1958-59, hasta que el amigo y compañero Jacinto Bosch Vilá, se posesionó de la misma. Explicó también, en diferentes etapas, Paleografía Arabe y Hebrea, Arabe Vulgar, Historia de las Instituciones de la España musulmana e incluso Arqueología, Epigrafía y Numismática durante el curso 1964-65.

El 22 de junio de 1967, meses después de jubilarse como profesora Adjunta de mi cátedra, el Ministerio de Educación y Ciencia, a propuesta del Rectorado de la Universidad de Granada, formulada de acuerdo con la petición de la Facultad de Filosofía y Letras, cuyo decanato desempeñaba entonces yo, la nombró «Profesora Adjunta Honoraria» de nuestra Facultad.

Y ahora tornemos de nuevo a la Casa de Castril, donde dejamos ya instalada a Joaquina en el año 1930 al frente del Museo Arqueológico, que había de dirigir hasta su jubilación en 1967. Su labor durante estos treinta y siete años puede condensarse en tres aspectos fundamentales, como subrayó certeramente su sobrina Angela Mendoza en 1979 (IDEAL, 23 noviembre), al cumplirse el Centenario del Museo.

Pero las actividades de Joaquina no se limitaron únicamente al Museo, la Universidad y la Casa del Chapiz, sino que se proyectaron también en otras funciones, directa o indirectamente relacionadas con su quehacer profesional.

En su calidad de directora del Museo Arqueológico, fue designada en 1937 miembro de la Junta Conservadora del Tesoro Artístico de la 3.ª División, Subcomisión de Granada.

Desde 1940 a 1945 desempeñó —en una primera etapa— la Secretaría de la Comisión Provincial de Monumentos, Comisión de la que, al ser elegida Miembro Correspondiente de la Real Academia de la Historia en 1963, formaría parte por doble motivo, desempeñando de nuevo su Secretaría durante los años precedentes a su ulterior transformación en la actual Comisión Provincial del Patrimonio Histórico-Artístico.

El 25 de febrero de 1948 era designada Vocal Femenina del Consejo Provincial de Educación Nacional.

El 23 de diciembre de 1949 era nombrada, por la Dirección General de Bellas Artes, Comisario Provincial de Excavaciones Arqueológicas en Granada, mientras después de reorganizarse el Servicio Nacional de Excavaciones Arqueológicas por Decreto del 2 de diciembre de 1955, la misma Dirección General la nombraba, con fecha 4 de noviembre de 1957, Delegada Provincial, en Granada, de dicho Servicio.

El más importante de los trabajos científicos de Joaquina es, sin duda, el que constituyó su tesis doctoral: «Transcripción, traducción y anotación del

Casa de Castril y vieron la luz en *Memorias de los Museos Arqueológicos Provinciales* desde 1941 hasta 1955.

Tales son:

La copa argárica de Monachil, en vol. II (1941), 82-83.

Noticia sobre la colección visigoda del Museo de Granada, III (1942), 133-136.

Principales inscripciones árabes de este Museo, IV (1943), 103-108.

Un nuevo cementerio argárico, V (1944), 116-117.

La cerámica de Elvira, VI (1945), 73-77.

Sobre los hallazgos de Elvira, VII (1946), 99-101.

Cerámica de la «Cueva de la mujer» (Alhama de Granada), VIII (1947), 128-131.

La colección de capiteles árabes del Museo, IX (1948), 91-95.

Colección de vidrios andaluces, X (1949), 289-295.

Lucernas romanas del Museo, XV (1954), 173-181.

Actividades arqueológicas en la provincia de Granada en 1955, XVI (1955), 154-162.

También en la misma colección, y a partir de 1940, Joaquina publicó la Memoria anual del Museo, reseñando todas las piezas donadas, adquiridas o procedentes de excavaciones arqueológicas que iban in-

en las Bellas Artes en su categoría de plata. Y, por último, en la reunión del 10 de diciembre de 1980, era nombrada Miembro de Honor de la Asociación Española de Orientalistas, a propuesta de su presidente, Jacinto Bosch Vilá.

Pero, no obstante ser bien significativa la precedente relación de títulos, cargos, trabajos de investigación y distinciones honoríficas, tal relación nos sitúa únicamente en los aledaños de la auténtica personalidad de Joaquina Eguaras, sin reflejar todo el multiforme contenido de su proyección humana. Joaquina ha sido en realidad todo eso y mucho más. En ella han tenido plena y anticipada vigencia dos conceptos ahora muy repetidos, incluso en los medios religiosos de vanguardia, pero que, generalmente, aparecen desprovistos de real contenido: «Encarnarse» en el mundo en que vivimos y «comprometerse». Para encarnarse, hay que desencarnarse uno mismo, y para comprometerse resulta de todo punto insoslayable desapegarse de algunas cosas y prescindir de otras muchas.

Ciertamente Joaquina supo encarnarse y comprometerse en el medio ambiente en que le tocó vivir y su proyección humana trascendía siempre su quehacer profesional. De ahí el olvido de sí misma, no sólo en la conversación, sino incluso en su atuendo personal —desprovisto por completo de sortijas, collares e incluso de pendientes (entrevista por Victoria Fernández, IDEAL, 28-11-1978)— y su entrega total a los demás.

Pero, ¿quiénes eran esos demás? Cuantos a ella acudían en demanda de algo, y ello sin distinción de personas ni selección de objetivos; pero incluso quienes nada pedían, aunque lo necesitasen, pues, como

Consecuencia lógica de la generosa y permanente disponibilidad de Joaquina, era la fuerza que de ella dimanaba y a todos atraía, fuerza graciosamente reflejada por la ilustre poetisa Elena Martín Vivaldi en una pieza titulada «Romance y loa en honor de Joaquina Eguaras» —con motivo de su jubilación—, de la que, con su benevolencia, reproduzco el siguiente fragmento:

*«Estudiantes y turistas,
monjas, seglares y clero,
gitanos, condes, duquesas,
pobres, ricos y plebeyos;
africanos, orientales,
americanos y negros,
y de París enviados
van de Joaquina al encuentro.
Todos llegan a Granada
y, antes que a los monumentos,
es su primera visita
a un histórico museo.
que es perenne en los Anales
de esta tierra —y es lo cierto—
que no hay mejor 'cicerone'
ni en la amistad más sincero».*

Siempre me ha sorprendido que en Granada no se hubiera solicitado para Joaquina el nombramiento de «Guía Honoraria» de Turismo.

Pero, si tal era su cotidiana actuación, yo pude comprobarla especialmente en nuestra común tarea de la enseñanza universitaria: su dedicación y entrega a quienes se iniciaban en el conocimiento del Arabe, corrían parejas con su ilimitada paciencia —no sé

decir— constituyen para mí el regalo que más tengo que agradecer a Granada; por ello, mi mayor cariño ha sido siempre para esta tierra». Desde luego, para ella no tendrían sentido estos versos del poeta palestino de nuestros días Samih al-Qāsim:

*«¡Qué difícil es la vida sin un amigo,
qué amargo un viaje sin compañero,
qué largo el camino!»*

Aunque, afortunadamente, me hallo aquí entre familiares, amigos y compañeros de Joaquina, no quiero, sin embargo, alargar este apresurado viaje por los caminos de su vida; sólo deseo expresar mi anhelo de que pronto se haga realidad el acuerdo de dar su nombre a una calle de Granada, acuerdo adoptado por el Excelentísimo Ayuntamiento en la Sesión Permanente del 29 de abril de 1981, cuatro días después de su muerte. Creo sinceramente que la ciudad tiene una deuda de gratitud, e incluso de estricta justicia, con quien se desvivió por mostrar a tantos nacionales y extranjeros sus incomparables bellezas.

Hace un año que Joaquina se ha ido y con ella algo de nuestra vida; pero quien así se entregó al servicio de los demás, bien merece que su recuerdo perviva siempre en nosotros, no tanto como evocación nostálgica de un ayer que pasó, sino más bien como incitación y aliento en nuestra propia actividad.

DARIO CABANELAS, OFM.